

Navarro el 24 de setiembre. Será fusilado "pues no puede darse categoría de revolucionarios a bandoleros y asesinos", dice el juez federal al negarle amparo.

Varela, que está en Potosí y publica —el 1 de enero de 1868— un *Manifiesto a los pueblos americanos* documentando los acontecimientos de 1866 y 1867, se indigna por el fusilamiento de Zalazar. Por un momento había querido creer, pese a tantas cosas, que la elección de Sarmiento cambiaría la política.

El día de Navidad de 1868 se lanza otra vez a la guerra. Deslizándose subrepticamente de Potosí a Antofagasta de la Sierra —pues Melgarejo, captado por los brasileños, le es hostil— recoge algunos dispersos y al grito de *¡Viva la Unión Americana, mueran los salvajes unitarios!* se echa a través de los contrafuertes andinos. No alcanza su hueste a cien gauchos, con pocos y viejos fusiles.

La invasión amedrenta en Buenos Aires. Martín de Gainza, ministro de guerra de Sarmiento, ordena al general Rivas ir a Salta con una división. No cree suficientes las fuerzas que existen allí a las órdenes del mayor Julio A. Roca. Navarro, a quien se acusa de pasividad con los montoneros, promete "matar (a Varela) en combate".

No tremolará mucho tiempo el estandarte punzó en la puna de Atacama. El teniente Pedro Corvalán, del regimiento de Roca, se basta para batirlo en *Pastos Grandes* el 12 de enero.

Los dispersos tratan de volver a Bolivia, pero Melgarejo lo impide; toman entonces el camino de Chile. Produce conmoción su llegada, dada la fama del caudillo, y el gobierno manda un buque de guerra para "desarmar su ejército". Encuentran un anciano enfermo de tuberculosis avanzada y dos docenas de gauchos desarraigados y famélicos. Les quitan las mulas y los cuchillos, y los internan en Santiago por un tiempo. A fines de 1869, empeoradas las relaciones argentino-chilenas, el gobierno deja ir al montonero a Copiapó esperanzado en una nueva invasión. Que no puede producirse: "el principal de estos malvados, Varela —escribe Félix Frías, ministro argentino en Chile, el 16 de mayo de 1870—, está gravemente enfermo, y de él nada hay ya que temer".

Fallecerá el 4 de junio en Ñantoco, cerca de Copiapó. "Muere en la miseria —informa Frías— legando a su familia, que vive en Guandacol, La Rioja, sólo sus fatales antecedentes".

EL BIBLIOTECOM

5. GUERRA DEL PARAGUAY: ÚLTIMA ETAPA (1867-1870)

En ausencia de Mitre (febrero a agosto de 1867)

El secreto de la victoria aliada estaba en el forzamiento de Humaitá por la escuadra, que permitiría bombardear Asunción y copar el ejército paraguayo atrincherado en el *Cuadrilátero* (Curupayty, Humaitá, Paso Pucú).

Tamandaré no se acercó a Curupayty detenido por la hilera de damajuanas que sabemos. Tampoco querían los brasileños arriesgar sus acorazados, demasiado costosos, ante los cañones de Humaitá, aun cuando podían prever que las balas esféricas de éstos poco harían contra las chapas de sus buques. Preferían que murieran los esclavos manumitidos y los "voluntarios" argentinos en operaciones terrestres. Hasta que Curupayty los convenció, en setiembre de 1866, que de esa manera la guerra era interminable.

Durante la ausencia de Mitre el Imperio hizo un gran esfuerzo para acabar la guerra. Contrató un empréstito que le trajo 91 millones de patacones (comprometiéndose a devolver 125, porque el crédito estaba bajo), traducido en armas, cañones y sobre todo esclavos manumitidos. Porto Alegre y Osorio se reincorporan para una ofensiva que debía darse antes de la vuelta de Mitre. El 31 Caxias consigue llegar a *Tuyu-Cué*, en las proximidades del Cuadrilátero. Al día siguiente Mitre se hacía cargo en Tuyuty del mando general y las operaciones quedaron inmovilizadas.

"Brasil, cúbrete de luto. Acabas de sufrir en el Paraguay una gran derrota, la más indecorosa y la más cruel de las derrotas —dice *Jornal do Commercio* del 30 de agosto—. El general Mitre, a quien todo el mundo suponía apartado de la guerra, ha vuelto a Tuyuty resuelto a asumir el mando de los ejércitos aliados". "El imperioso sentimiento de la honra nacional —dice el mismo periódico en otro artículo— exige en estos momentos un acto de energía... el rompimiento

inmediato de la alianza, o su modificación en el sentido de entregar la suprema dirección de la guerra al general brasileño marqués de Caxias" ¹⁶¹.

Debió llegarse a un arreglo: Mitre sería el comandante en jefe de los ejércitos aliados, pero sólo tendría bajo su mando la reserva y los depósitos de Tuyuty, mientras Caxias estaría al frente de la ofensiva en Tuyu-Cué. La escuadra se manejaría por su cuenta.

Inácio se resolvió a cruzar frente a Curupayty, pese a las *minas* que detuvieron tanto tiempo a su predecesor. La operación se efectuó, sin pérdida alguna, el 17 de agosto: los cañones lisos paraguayos nada pudieron contra la estructura de los acorazados.

Pero más allá estaba Humaitá, e Inácio esperó con prudencia.

Segunda batalla de Tuyuty (3 de noviembre)

En el reducto de Tuyuty quedó la reserva custodiando el parque y los cañones a las órdenes inmediatas de Mitre. López aprovechó para un ataque sorpresivo.

A las 4.30 de la mañana se oyeron los primeros tiros. "La batalla fue tremenda —comenta Blanco Fombona— aunque los paraguayos eran menos de la sexta parte del enemigo. Mitre quedó en derrota. El campamento fue incendiado: artillería, municiones de guerra y boca, mulas, tiendas, carros, todo cayó en poder de los paraguayos. Mitre perdió hasta su correspondencia" ¹⁶².

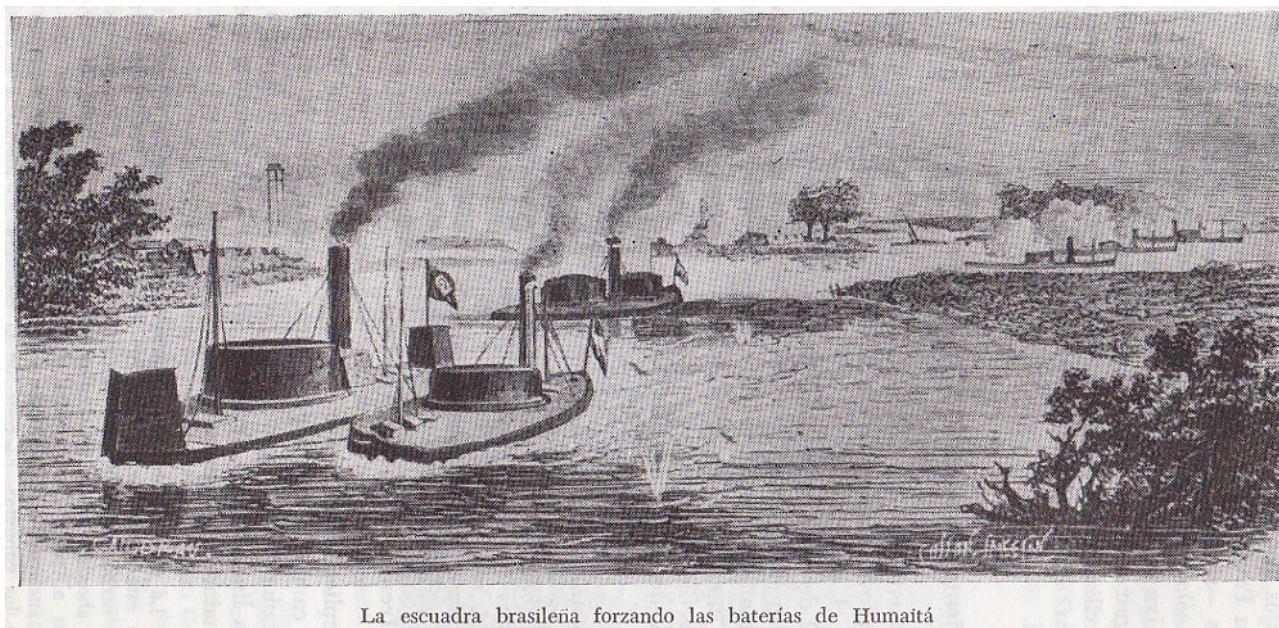


El general en jefe se refugió en Tuyu-Cué, donde estaba Caxias con el grueso del ejército. Como los paraguayos se retiraron apenas cumplida su misión, que era apoderarse de las armas e implementos custodiados por Mitre, el general en jefe se atribuyó la victoria. Como en Pavón. Pero "aquella derrota y aquella carrera son indefendibles —sigue Blanco Fombona— pues de su inmenso ejército, atacado sólo por una legión de héroes, había tenido Mitre dos mil bajas... ya le fue imposible a Mitre, de todo punto de vista imposible, seguir al frente del ejército. Nada podía sostener su autoridad".

Inmovilizado el ejército en Tuyu-Cué, López tuvo tiempo para desocupar el Cuadrilátero, inútil después del forzamiento de Humaitá.

¹⁶¹ E. Acevedo, *Historia del Uruguay*, V.

¹⁶² Párrafos citados por C. Pereyra, *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay*.



La escuadra brasileña forzando las baterías de Humaitá

Forzamiento de Humaitá (19 de febrero)

La muerte de Marcos Paz en Buenos Aires, el 2 de enero de 1868, resultó providencial para los brasileños. Mitre fue convencido de retomar el poder.

El 12 de enero abandona para siempre el frente de guerra. El 19 de febrero el comandante brasileño Delfino de Carvalho cruza frente a Humaitá con tres acorazados y tres monitores. Pasó sin disparar un tiro; inútilmente los 68 cañones paraguayos descargaron millares de proyectiles que no hicieron ninguna mella: "¡El fantasma se había desvanecido!", comenta O'Leary.

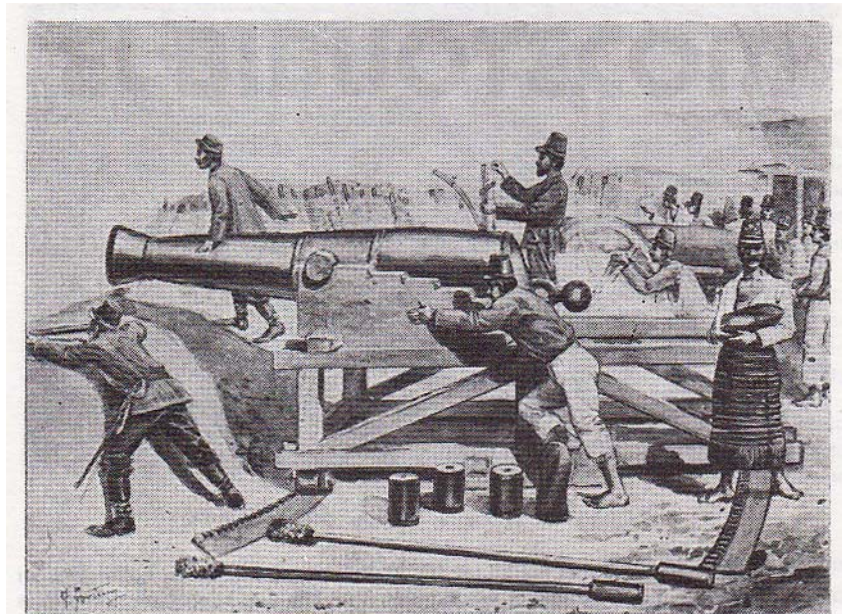
Los tres monitores remontan el río, y el 23 bombardean a Asunción, mientras los acorazados anclan cerca de la fortaleza. La presencia de la escuadra al norte de Humaitá significaba para López la obligación de abandonar el Cuadrilátero. Los buques enemigos podían transportar tropas que lo atacarían por retaguardia; podían apoderarse de la capital, recuperar Mato Grosso y armar allí un fuerte ejército. Ninguna esperanza sería de victoria quedaba a los paraguayos.

Nuevo frente de guerra (marzo)

El repliegue paraguayo fue una operación brillante. López preparó el camino a través del Chaco, y pudo llevar la mayor parte de los cañones en canoas y por picadas abiertas en la selva hasta la nueva línea de San Fernando. Tan sólo 3.000 hombres quedaron en Humaitá (3 de marzo).

La noche antes (2 de marzo) ocurre otro de los episodios heroicos de esta guerra legendaria. Por orden de López doscientos paraguayos en canoas mandados por el capitán Ignacio Genes tratan de apoderarse al abordaje de los acorazados brasileños *Cabral* y *Lima Barroso*, anclados al norte de Humaitá. La operación fracasa porque los marinos se encierran en las bodegas y torres blindadas, y los paraguayos quedan en las cubiertas. El resto de la escuadra los ametralla y arroja agua hirviendo con mangueras; los sobrevivientes deben tirarse al agua y ganar la costa a nado.

En San Fernando se instala López a mediados de marzo. El coronel Martínez ha quedado en Humaitá, y en julio recibe orden de abandonarla a través del Chaco clavando los cañones que no pueda transportar. Había empezado la operación cuando el impaciente Osorio ataca la fortaleza (16 de julio) con 12.000 hombres de las tres armas. Quiere darse la satisfacción de tomar Humaitá armas en mano.



“El Criollo”, cañón fundido en Asunción que defendió Humaitá. Dibujo de F. Fortuny

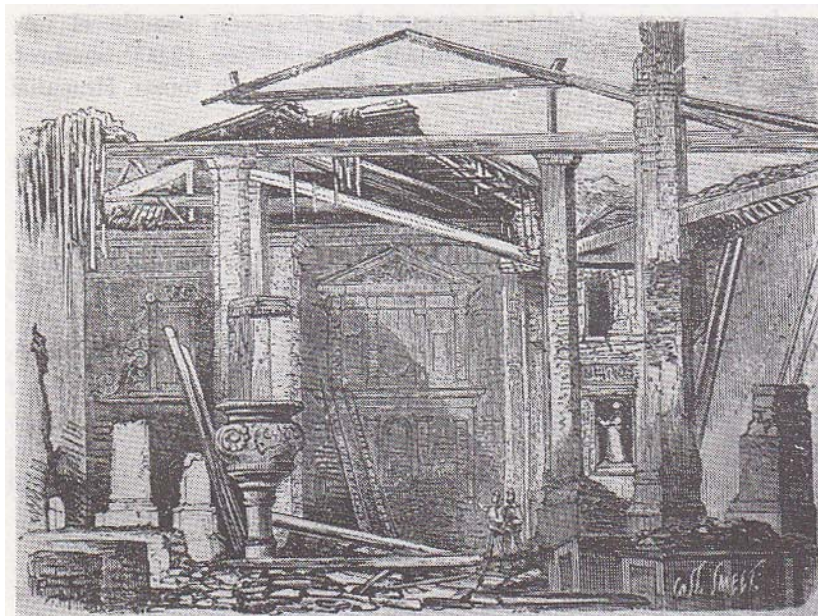
Ocurre algo análogo a lo de Curupayty. Los paraguayos dejan venir a los atacantes, que ya se consideraban dueños de la fortaleza, para acribillarlos de cerca. Pese a la gallardía de Osorio que, montado a caballo, empujaba a sus tropas desafiando la metralla, el ataque fracasó. ¡Tres mil muertos brasileños contra 194 paraguayos! Casi otro Curupayty si no fuera que, más afortunado que Mitre, Osorio da a tiempo la orden de retirada y salva gran parte de sus efectivos. Fue *Humaitá* la última gran victoria paraguaya: "el león agonizante —comenta O'Leary— aún podía dar zarpazos".

Sólo entrarían los *campés* (negros brasileños) en la fortaleza después que el último paraguayo la abandonase. El 23 a la noche se embarcan los rezagados conducidos por Martínez; el, 24 al amanecer ondea la bandera imperial en Humaitá.

No es feliz el repliegue de Martínez. Los defensores de Humaitá han debido sacrificarse para salvar el grueso del ejército; hostilizados por fuerzas superiores, cortado su camino a San Fernando, ametrallados desde el río por la escuadra, los sobrevivientes resisten once días en *Isla Poi*. Las mujeres (que abandonaron Humaitá) vistieron uniformes y lucharon al par de los hombres. "Peleaban con los hijos en brazos, armadas de lanza o espada; era el delirio del valor, la locura del patriotismo. Un suicidio como no se vio nunca; aquellas hembras de epopeya enseñaban cómo se defiende el terruño y se muere por la libertad", dice O'Leary.

Acosados por todas partes, combatiendo día y noche sin descanso, sin otro alimento que las correas del atalaje, aquel puñado se negaba a rendirse. El general Rivas, al frente de las tropas argentinas, lo propuso por dos veces en términos honrosos. Sólo el 5 de agosto, extenuados por el cansancio y el hambre, Martínez consintió en entregarse. Rivas le devolvió su espada, y rindió con sus tropas honores "a los héroes más gloriosos de la historia americana".

El coronel Martínez y los espectros que se rindieron en Isla Poi eran unos héroes. Pero se habían rendido, y la palabra *rendición* había sido borrada del léxico paraguayo. López los declaró *traidores*.



La iglesia de Humaitá después del bombardeo

La conspiración y los castigos (julio)

Los tres años de guerra injusta y desproporcionada han convertido al atildado *Leopoldo de América* en una fiera. Está resuelto a morir con su patria y no comprende otra conducta. No perdonará a nadie: ni a su madre, ni a sus hermanos, ni a sus cuñados, ni sus mejores jefes. Ante todo está Paraguayo.

El cañoneo de Asunción por los monitores brasileños ha hecho pensar a muchos que la guerra debe darse por concluida. Tienen razón: continuarla es una locura. El ministro norteamericano Washburn entrevista a Benigno López, hermano del mariscal: si Solano quiere dar una lección de coraje, que la dé solo. ¿Por qué sacrificar a todos? Benigno asiente; nunca ha sido partidario de la guerra. Y entre los dos traman la eliminación de Solano.

¿Qué llevó al diplomático norteamericano a conspirar? Se dijo que estaba en comunicación con Caxias, y mediante dinero se ofreció a eliminar al mariscal. Así lo entendió el gobierno de su país que lo condenó a perder su carrera, pero cuesta creerlo. Más comprensible es suponer a Washburn —no sería una excepción entre los diplomáticos de su país— inmiscuyéndose en las cosas paraguayas con el ingenuo propósito de "salvar a Paraguay".

Muchos entran en la conjura. Los hermanos y cuñados de López, su misma madre, el obispo Palacios, el personal superior de la administración con el ministro Berges a la cabeza, el oriental Francisco de las Carreras, que estaba en Asunción desde la caída de Aguirre, el argentino Telmo López, general paraguayo, el general Barrios.

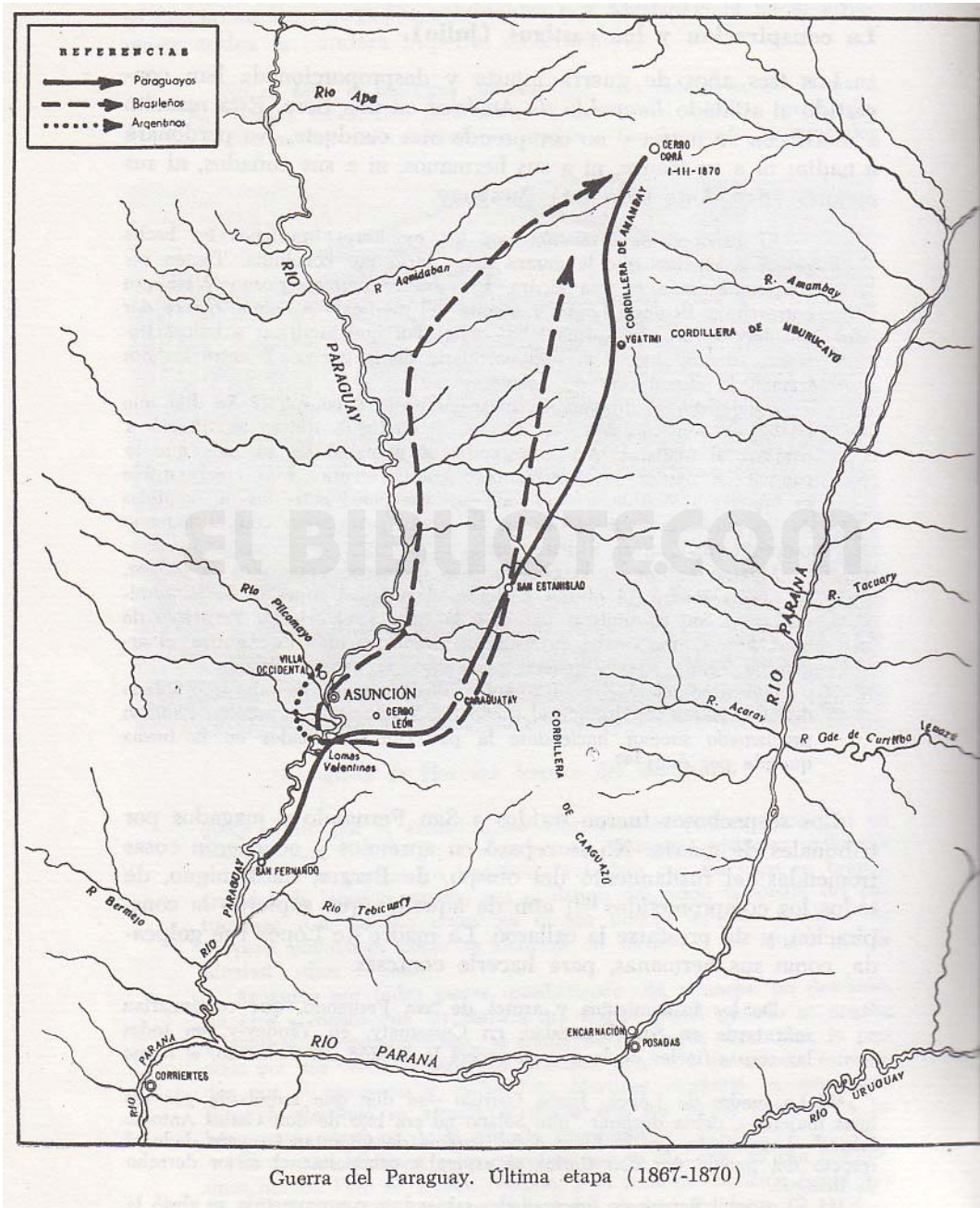
Nunca se aclaró el plan completo de la conjura. Se sabe que Solano debería ser muerto durante el sueño por los jefes de su escolta, Benigno proclamado sucesor haciéndose la paz con los aliados en la forma querida por éstos ¹⁶³.

Los sospechosos fueron traídos a San Fernando y juzgados por tribunales de guerra. No se reparó en apremios y ocurrieron cosas tremendas: el fusilamiento del obispo, de Berges, de Benigno, de todos los comprometidos ¹⁶⁴; aun de aquellos que supieron la conspiración, y sin prestarse la callaron. La madre de López fue golpeada, como sus hermanas, para hacerle confesar.

De los fusilamientos y azotes de San Fernando, que continuarían más tarde en San Estanislao, en Curuguaty, en Tendey-y, en todas las etapas finales de la guerra, nacerá la versión del *monstruo*, el *tirano sanguinario*, el *gran teratólogo* que alimentará medio siglo el liberalismo paraguayo. No son cosas falsas como *las Tablas de Sangre* contra Rosas, sino hechos ciertos. Pero pongámonos en la tierra y el tiempo para juzgarlos; en ese Paraguay de fines de la guerra envuelto en un halo de tragedia. Pensemos en los miles y miles de paraguayos que morían por la patria con sencillo heroísmo, y ofrendaban con decisión la vida de sus hijos.

¹⁶³ La madre de López, Juana Carrillo —se dijo que impulsada por sus hijas mujeres—, debía declarar "que Solano no era hijo de don Carlos Antonio López". Legalmente que lo fuera o no, carecía de importancia; pero dado el respeto del pueblo por *don Carlos* se esperaba cohonestar el mejor derecho de Benigno.

¹⁶⁴ El general Barrios no fue fusilado; sabiéndose comprometido se abrió la garganta con una navaja de afeitar.



La línea del Pykysyry (agosto a diciembre)

San Fernando era una etapa de la defensa; un alto mientras los ingenieros construían más al norte los reductos del Pykysyry.

En la desembocadura de un brazo en el río Paraguay (sitio llamado *la Angostura*) López construyó un baluarte donde puso los cañones sacados de Humaitá. Defensa pobre, porque poco podía contra los acorazados, y apenas si quedaban veinte o treinta proyectiles por pieza. No importa, tampoco quedaban a la infantería más de cien cartuchos por fusil.

Al norte de la Angostura se extendían las lomas de Ita-Ibaté, o *Lomas Valentinas*, que protegían el camino a Asunción.

Al Pykysyry trasladó López el ejército el 26 de agosto, reducido a 10.000 combatientes. ¿Combatientes? Niños de doce a catorce años, ancianos de más de sesenta, heridos, convalecientes. Llegó Caxias a San Fernando el 3 de setiembre: mandaba 40.000 soldados con armas modernas de repetición y poderosa artillería; la escuadra lo protegía por el río.

Dejando guarniciones frente a las trincheras de Pykysyry, hizo dar al grueso del ejército (35.000) un rodeo por el Chaco. El 4 de diciembre, protegido por los buques, ha empezado el cerco encontrándose al norte de Ita-Ybaté. El ejército paraguayo quedará encerrado.

Pero la operación final no puede completarse. Heroicamente defiende Bernardino Caballero, el *Centauro de Ibycui*, el paso de *Ytororó* (5 de diciembre) costando muchos muertos a los atacantes. Repetirá la hazaña el 11 en *Avay*: "cuando ya no le quedaron sino los restos de sus destrozados batallones, Caballero organizó un cuadro dentro del cual ocultó la última bandera ... pronto aquel cuadro se extinguió cayendo como sangrienta mortaja el paño tricolor sobre el cadáver del último sacrificado" (O'Leary). Pero los brasileños tuvieron grandes bajas ¹⁶⁵.

En una semana los brasileños habían perdido, entre muertos y heridos, 7.000 combatientes, y Caxias se detuvo a esperar refuerzos para dar el ataque definitivo a *Lomas Valentinas*. Eso permitió que López reforzara sus cuadros.

¹⁶⁵ Caballero, gravemente herido, fue dejado por muerto. Arrastrándose consiguió volver al campamento.

Lomas Valentinas (21 y 27 de diciembre)

Un ejército famélico (no había alimentos, y en Asunción la gente moría por las calles), sin distinción de edad y sexo, se opondría a los aliados. Seis días duró la batalla (en realidad hubo dos batallas —el 21 y el 27— espaciadas de seis días), la más encarnizadamente disputada de esa guerra inverosímil. López manda en jefe derrochando coraje, tal vez buscando la muerte.

Lomas Valentinas fue el suicidio de un pueblo. El general Mac Mahon, que acaba de recibirse como ministro de los Estados Unidos, la presencié desde el campamento de Ita-Ybaté: "Seis mil heridos, hombres y chiquillos, llegaron a ese campo de batalla el 21 de diciembre y lucharon como ningún otro pueblo ha luchado jamás por preservar a su país de la invasión y la conquista ... otros han fugado de las pocilgas que utilizaban los invasores como prisión ... El cuartel empezó a llenarse de heridos, incapacitados positivamente para seguir la lucha. Niños de tiernos años arrastrándose, las piernas deshechas a pedazos o con horribles heridas de balas. No lloraban ni gemían, ni imploraban auxilios médicos. Cuando sentían el contacto de la mano misericordiosa de la muerte, se echaban al suelo para morir en silencio".

Hubo prodigios de coraje: Felipe Toledo, de ochenta años, carga diez veces al frente de la escolta presidencial para caer en la décima; Valois Rivarola, con una herida recibida en *Avay*, abandona el hospital y toma el primer caballo que encuentra. Una bala le rompe el cráneo: sujetando la masa encefálica, que se le escurría, con los dedos de una mano, con la otra disparaba su carabina.

Por un momento los brasileños estuvieron a pocos metros de López, que se mantenía tranquilo en su caballo. El 21, cuando apenas quedaban noventa —noventa espectros— del ejército de diez mil, dio la orden de retirarse a Ita-Ybaté. Al tranco, esperando la muerte. "No tenía soldados, no tenía proyectiles, no tenía qué comer. Sólo noventa fantasmas le rodeaban en la cumbre de la trágica colina, aguardando sus palabras para correr a la muerte", dice O'Leary.

El desorden de la batalla y la masacre tremenda hicieron suponer a Caxias que López había muerto y por lo tanto la guerra estaba concluida. Eso permitió al mariscal dos días de tregua, en los cuales reunió dos mil combatientes, porque de todas las aldeas paraguayas venían los niños a tomar su puesto en la lu-ha. Salvó algunos cañones y con piedras y cascos de acero improvisó metralla. Las balas y fusiles los proveyeron los caídos brasileños.

El 24, notando los brasileños que López vivía y a su lado se aumentaba un pequeño cuerpo de ejército, le ofrecieron la rendición, rechazada con altivez; el 27 se dio el ataque final: "dos mil inválidos y niños a quienes hubo que poner barbas postizas para quitarles su aspecto infantil detuvieron durante ocho horas el ataque de 28.000 aliados. La batalla terminó cuando terminó nuestro ejército", comenta O'Leary con legítimo orgullo.

Por segunda vez la muerte respetó a López. A su lado cayeron todos sus tenientes, pero él vivió. Al tranco nuevamente se retiró a Cerro León con veinte que quedaban del regimiento de Caballero. Todos esperaban la muerte, como seis noches atrás, pero tampoco llegó. Y esta vez no fue porque se le creyera muerto; los brasileños prefirieron caer sobre Asunción.

El "gobierno legal" (enero)

El 5 de enero los brasileños entran en Asunción, que saquean a conciencia ¹⁶⁶. Los argentinos prefirieron acampar en Trinidad, "acaso con el deliberado propósito de rehuir la responsabilidad histórica de aquel despojo a que se sometió una ciudad abierta y abandonada" (O'Leary).

Bajo la ocupación brasileña se forma un triunvirato de *paraguayos libres* (Cirilo Rivarola, Carlos Loizaga y José Díaz de Bedoya) reconocido como *gobierno legal* de Paraguay por los invasores. Poco después el "gobierno legal" considerando que "la presencia de Francisco Solano López (no lo tiene por presidente, ni mariscal) en el suelo patrio es un sarcasmo sangriento a la civilización y al patriotismo; que este monstruo de impiedad ha perturbado el orden y aniquilado a nuestra patria con sus crímenes bañándola en sangre y atentando contra las leyes divinas y humanas con espanto y horror, excediendo los mayores tiranos de que hace mención la historia de todos los tiempos y edades, decreta:

"1º) El desnaturalizado paraguayo F. S. López queda fuera de la ley y arrojado para siempre del suelo paraguayo como asesino de su patria y enemigo del género humano.

"2º) De forma. Dado el año Primero de la libertad de la República del Paraguay".

Solano López quedaba fuera de la ley, autorizándose por tanto su cacería a través de las selvas y cordilleras. Caxias no quiso hacerlo y pidió su relevo. Lo reemplazará el yerno del emperador, Gastón María de Orleans, conde de Eu.

¹⁶⁶ "Entregada fue Asunción a instintos no precisamente militares ni caballerescos —dice Bray—. Muebles, pianos, cortinajes, vajillas, puertas labradas, porcelanas, alhajas, cristalería, todo cuanto los espantados habitantes no pudieron llevarse consigo en la precipitación de su huida fue cargado por el vencedor en sus barcos, arrojando a las llamas aquello imposible de transportar".

Con odio se ensañaron contra el arsenal y la fundición de Ibicuy, los primeros de Sudamérica, construidos por Carlos Antonio López. Todo quedó arrasado, y por lo tanto en condiciones de llegar los beneficios de la libertad de comercio.

La "residenta"

Asunción es un desierto. Muy pocos quieren compartirla con los brasileños en ese año *Primero de la Libertad*. Casi todas las familias se han ido —a pie, en carreta, en burro— a lo alto de la vecina cordillera para estar cerca del mariscal, que permanece en Cerro León. En su mayoría mujeres, infinidad de mujeres de toda edad y condición social hermanadas en el sacrificio y amor a la patria. Y niños (éstos de nueve arios), que se instruyen en Cerro León para morir por Paraguay. Porque Paraguay todavía existe mientras viva el mariscal.

Esa última etapa de la guerra excede lo imaginable. Una caravana empecinada que marcha hacia el norte para no caer en manos de los *campesinos*. Lo que queda atrás ya ha dejado de ser la patria porque la ocupa el enemigo; la patria está bajo los pies llaçados por el incesante caminar.

Combates de desesperación. *Peribebuy* el 12 de agosto: las mujeres luchan junto a los niños y ancianos, los cañones se cargan con cocos y piedras; cuando faltan municiones los "soldados" tiran piedras y arena con las manos. *Acosta Nú* el 16, que Caballero defiende con una legión de niños, ganada por los brasileños prendiendo fuego al campo. Aquella es una guerra *de policía*, una guerra a muerte contra los "desnaturalizados". Después de Peribebuy el conde de Eu permite el

degüello de los prisioneros; en *Caacupé* incendia el hospital porque los heridos paraguayos, si convalecían, correrían a incorporarse al mariscal.

El pueblo —lo que queda del pueblo— sigue a López en esa marcha. No es por voluntad del mariscal la trágica emigración; no una vez, sino muchas, ha pedido a las mujeres, a los viejos, a los inválidos, que vuelvan a sus casas. Como no le obedecen, lo ordena. Es inútil. En las iglesias de las aldeas donde pasa, los sacerdotes repiten desde el púlpito el pedido. Nadie hace caso; "todos anhelan seguir la suerte del ejército y llegar hasta donde llegue el mariscal —dice Bray—. Mientras su voz siga tronando por montes y laderas, la patria existe, y en pie queda la obligación de luchar por ella".

¿Quién tiene el alma tan grande para entender y alabar *ese* heroísmo que excede toda medida humana? No será seguramente Sarmiento, presidente argentino desde octubre de 1868, que escribe al ministro en Washington: "La guerra está concluida aunque aquel bruto (López) tiene todavía veinte piezas de artillería y dos mil perros que habrán de morir bajo las patas de nuestros caballos. Ni a compasión mueve *ese* pueblo, rebaño de lobos... López sigue de derrota en derrota por los bosques, con mil o dos mil animales que lo siguen y mueren de miedo" (12 de octubre de 1869). "¿Cómo acabar con un idiota borracho y feroz, que tiene aún algunas víctimas que inmolar?" (30 de diciembre de 1869).

Sí. Hay alguien. Juan Manuel de Rosas, que vive exiliado en Southampton ¹⁶⁷.

¹⁶⁷ El 17 de febrero de 1869 escribe a su viejo amigo José María Roxas y Patrón: "Su Excelencia, el generalísimo capitán general don José de San Martín me honró con la siguiente manda: La *espada que me acompañó en toda la guerra de la Independencia será entregada al general Rosas por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido los derechos de la Patria*. Y yo, Juan Manuel de Rosas, a su ejemplo dispongo que mi albacea entregue a Su Excelencia el señor Gran Mariscal presidente de la República paraguaya y generalísimo de sus ejércitos la espada diplomática y militar que me acompañó durante me fue posible sostener esos derechos por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido y sigue sosteniendo los derechos de su patria" (AGN, Correspondencia Rosas-Rozas y Patrón, vol. 1867-1870).

Cerro Corá (1 de marzo de 1870)

Siete meses, doscientas jornadas de ardiente sol tropical, recorre la trágica caravana. Una huella blanca dejada por los huesos de los caídos señala a los perseguidores la ruta; ya no se entierra porque no hay tiempo ni energía. Se camina hasta el agotamiento, y cuando se cae, un compañero o compañera toma el arma, y sigue. Como los bueyes que arrastraban los cañones y carretas del parque han debido sacrificarse, las mujeres tiran de ellos. Sólo quedan algunos caballos, para quienes se reservan los mejores alimentos; pertenecen a los escuadrones y son sagrados.

"Niños y ancianos abrasados por la fiebre o por las llagas y extenuados por el hambre, sin más prenda de los desaparecidos uniformes que el calzón ceñido por el *ysypó*, y algunas veces un correaje militar para sostener la canana o pender el sable; pocos llevan morrión con la placa de bronce del número del regimiento. Descalzos porque los zapatos (y a veces el morrión y las correas) han sido comidos ablandado el cuero con agua de los esterros. Mujeres de rasgados *tipoy*s, afiladas como agujas por la extenuación, las heridas o la peste, preparan el rancho: polvo de huesos (cuando los hay) cocido con jugo de naranjas agrias si se ha conseguido alguna; las más de las noches, nada; entonces se roe el cuero de los arcos militares... Todos enfermos, todos escuálidos por el hambre, todos con heridas de guerra que no han cicatrizado. No se sabe adonde se va, pero se sigue mientras haya fuerzas" ¹⁶⁸.

Diez mil han caído desde la cordillera; poco más de cuatrocientos son los que llegan el 14 de febrero de 1870 a *Cerro Corá* ("escondido entre cerros"), junto a uno de los brazos del Aquidaban. Una pradera de buena gramilla que dará alimento a los caballos, y pesca y caza a los hombres.

López llama a consejo de oficiales. Es el último rincón de la patria: más allá de las montañas que se perfilan, está Brasil. Atravesándolo se llegaría a Bolivia; la salvación. ¿Podría darse fin a la epopeya escapando a la muerte, sabiendo que Paraguay queda en poder de los brasileños? Para quitar solemnidad al momento desliza algunas bromas sobre los *campás*.

"Siguió un silencio —dice el coronel Aveiro, testigo de la escena—. Yo dije al mariscal que él era el jefe del Estado y de nuestro ejército; nuestro deber era someternos a lo que él resolviera. Y entonces el mariscal dijo: *Bien; entonces peleemos aquí hasta morir*".

No se habló más, ni había necesidad. López pasó revista al "ejército" cuya nómina conservó su hijo de quince años, *el coronel Panchito*, promovido a jefe de estado mayor. Cuatrocientos nueve, exactamente 409 de todas edades y sexos quedaban del gran ejército de cien mil combatientes lanzado en 1864 a la guerra. De sus doscientos regimientos existían —en la numeración— dieciséis cuerpos: algunos (el 259 de infantería) reducido a once plazas entre jefe, oficiales, suboficiales y tropa; el más numeroso (el de *maestranza*), a cincuenta y dos. El famoso 4° de infantería organizado por Eduvigis Díaz sobrevivía con treinta; el abanderado llevaba atado al brazo un jirón del paño tricolor salvado de la metralla.

Catorce días se espera en Cerro Corá. No se descuidan las cosas cotidianas: el mariscal con sus hijos tiende espineles en el Aquidaban, otros salen a la caza de venados. Por las noches —ardientes y húmedas del verano tropical— se oyen arpas, y cantos en guaraní. En ningún momento faltaron la música y el canto en la marcha, como si lo que ha ocurrido y está por ocurrir, fuese la cosa más natural del mundo. Sentado bajo una palmera el mariscal cuenta chascarrillos mientras lía un cigarro entre los dedos. Está tranquilo, muy tranquilo; como lo están todos.

A mediodía del 1 de marzo desbordan los brasileños. El coronel Roa, que custodia el acceso, es copado y degollado de inmediato. Los jinetes del general Cámara llegan al campamento y topan con López y los suyos correctamente formados en batalla, montados en escuálidos jamelgos. Un clarín paraguayo ordena la carga — ¡la última! — que se da al paso porque los caballos están en esqueleto. Los brasileños se repliegan, en parte por la sorpresa y también porque la distancia les da superioridad a sus buenas carabinas. La "carga" paraguaya es acribillada.



ELISA LYNCH. "¡Cuidado! Soy inglesa"

Después, el tumulto. Atraídos por el uniforme del mariscal, se lanzan sobre él los brasileños. López ordena a Panchito, que está a su lado, vaya a proteger a su madre y hermanos pequeños, creyendo así salvarle la vida; y hace frente a los imperiales con la sola arma de su espadín de oro, en cuya hoja está escrito *Independencia o Muerte*. Un sargento brasileño —*Chico Diavo*— trata de asirlo por la cintura mientras otro soldado imperial le descarga un golpe de sable en la cabeza. López alcanza con una estocada a *Chico Diavo*, contestada con un lanzazo al vientre. Algunos paraguayos corren en auxilio de su jefe y alejan a los agresores; pese a sus heridas (mortales de necesidad) López se mantiene a caballo —"un bayo flacón"— y ordena *¡Matemos a esos macacos!* Los imperiales ponen alguna distancia; el coronel Aveiro toma las bridas del caballo y lo lleva hacia el río. Los brasileños los siguen porque la cabeza del presidente está premiada con cien libras esterlinas. "*¡É o López, é o López!*". También el general Cámara endereza tras el mariscal. Pero a prudente distancia.

López, agotado y desangrado, cae de la silla. Aveiro y el médico Ibarra lo conducen hasta el río y ayudan a cruzar la corriente; tratan de subirlo por la barranca opuesta, mas su peso se los impide. "Déjenme", ordena López en guaraní, pero no quieren abandonarlo; les pide que busquen un sitio menos escarpado mientras él quedará sentado junto a una palmera.

Llegan los brasileños. López trata de incorporarse, pero se desploma en el agua. No obstante mantiene su espadín en la mano derecha tomando la punta con la izquierda. Cámara le formula la propuesta de rigor: "*¡Ríndase, le garanto la vida;* acercándose para tomarle el espadín. López le amaga una estocada. "*¡Muero con mi patria!*". Cámara retrocede: "*Desarmen a ese hombre*", ordena; un negro se arroja sobre el postrado eludiendo los golpes del espadín que trata de quitarle. Quiere sacarle el arma de la mano; el mariscal, anegada de sangre el agua que lo circunda, se resiste. El *cambá* lo toma del pelo y arrastra a la orilla. "*¡Maten a ese hombre!*". Un tiro de Manlicher le atraviesa el corazón. López queda de espaldas, los ojos abiertos, la mano crispada en la empuñadura del espadín. "*¡O diavo do López!*", comenta el soldado dándole con el pie.

La soldadesca se dirige a los carruajes, donde supone a la gente de importancia. En uno está el vicepresidente Sánchez, anciano de ochenta años cuya razón desvaría; en otro Elisa Lynch con los hijos pequeños del mariscal; en un tercero tres fantasmas: la madre y las dos hermanas de López (sus maridos han sido fusilados por *traidores*), castigadas por su debilidad ante la resistencia imposible.

Al carruaje de Sánchez, que está postrado en el lecho, asoma la cabeza de un *camba*: "*¡Ríndase fño de put...!*"; el viejo abre los ojos asombrado: "*¡Rendirme yo, yo?*", da un bastonazo al insolente. Un tiro de pistola lo deja exánime. Panchito hace guardia ante el carruaje de su madre; los brasileños le preguntan si esa mujer es la querida de López y esos niños sus "bastardos"; Panchito arremete contra los canallas que sujetan al niño. "*¡Ríndete!*"; "*¡Un coronel paraguayo no se rinde!*". Lo matan. Elisa Lynch cubre el cuerpo de su hijo; algún desmandado quiere propasarse: "*¡Cuidado! Soy inglesa*". ¡Ah! tiene temores ese mayor Floriano Peixoto de otra cuestión Christie. Queda en libertad.

Elisa Lynch busca el cadáver de Francisco Solano para enterrarlo junto al de Panchito en una tumba cavada con sus propias manos. Lo encuentra desnudo porque los *cambá* lo han despojado. Amortaja con una sábana de algodón los cuerpos queridos, y mientras los vencedores festejan con estrépito la victoria, reza una sencilla oración despidiendo al compañero y al hijo. La noche se ha puesto sobre las tremendas escenas de la tarde, y un farol mortecino llevado por un niño de nueve años alumbra la escena.

La guerra del Paraguay ha terminado.

¹⁶⁸ J. M. R., *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*.

REFERENCIAS

a) documentales:

Archivo Mitre (ed. La Nación), cit. AM.
 Legajos *Urquiza* del Archivo General de la Nación, cit. AU.
 Legajos *Rosas* del Archivo General de la Nación (correspondencia con Josefa Gómez y con José María Rozas y Patrón).
Revista del Museo Histórico Nacional, de Montevideo, XXII y ss.
Revista de la Biblioteca Nacional, Buenos Aires, XXI.
Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de la R. O. del Uruguay, 1863-1864.

b) periódicos:

La Nación Argentina, *La Tribuna*, *El Nacional*, *La América*, *El Pueblo* (1863 a 1867) (Buenos Aires).
El Semanario (1864 a 1868) (Asunción).
Jornal do Commercio (1867) (Río de Janeiro).

c) citas bibliográficas:

E. ACEVEDO, *Historia del Uruguay* (tomo v).
 J. BEVERINA, *Guerra del Paraguay* (resumen, bibl. del suboficial).
 BRAY, *Solano López, soldado de la gloria y el infortunio*.
 R. J. CÁRCANO, *La guerra del Paraguay*.
 E. CARDOZO, *Vísperas de la guerra de la Triple Alianza*.
 —*El Imperio del Brasil y el Río de la Plata*.
 CHÁVEZ, *Vida y muerte de López Jordán*.
 W. D. CHRISTIE, *Notes in Brazilian question*.
 T. FRAGOSO, *Historia da guerra da Triplica Alianza*.
 GARCÍA MELLID, *Proceso al liberalismo paraguayo*.
 J. I. GARMENDIA, *Recuerdos de la guerra del Paraguay*.
 A. DE HERRERA, *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay*.
 —*El drama del 65 (La culpa mitrista)*.
 —*La diplomacia oriental en el Paraguay*.
 P. HORTON BOX, *Los orígenes de la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*.
 IBARGUREN (h.), *Heroica Paysandú* (en *Nueva Política*, 20-11-1943).
 J. A. MAYER, *Alberdi y su tiempo*.
 MARTINEZ (Carlos D'Amico), *Buenos Aires, sus hombres y su política*.
 J. NABUCO, *La guerra del Paraguay*.
 J. E. O'LEARY, *El mariscal Solano López*.
 —*El centauro de Ibicuy, vida del general Bernardino Caballero*.
 R. ORTEGA PEÑA y E. L. DUHALDE, *Felipe Varela contra el imperio inglés*.
 L. DE PALLEJA, *Diario de la campaña de las fuerzas aliadas contra el Paraguay*.
 J. PANDIÁ CALÓGERAS, *Formação historica do Brasil*.
 PEREYRA, *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay*.
 QUESADA, *La política argentino-paraguaya*.
 J. REBAUDI, *La declaración de guerra del Paraguay*.
 J. M. ROSA, *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*.
 SEEBER, *Cartas de la guerra del Paraguay*.
 L. H. SOMMARIVA, *Historia de las intervenciones federales en las provincias* (tomo I).
 R. TAMAGNO, *Sarmiento, los liberales y el imperialismo inglés*.
 J. C. VIGNALE, *Consecuencias de Caseros*.
 J. VICTONICA, *Urquiza y Mitre*.